

# EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

**RELIGION,**

**FAMILIA,**

**PROPIEDAD,**

**FUNDADOR.**

**DIRECTOR.**

**CENSOR ECLESIASTICO.**

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,  
Canónigo Magistral.

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,  
Presbítero.

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,  
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

## SECCION DOCTRINAL.

### VELADA XIX.

#### INTERLOCUTORES.

*Pridie.*

*Hodie.*

*Pridie.*—Qué hay?

*Hodie.*—Ni mas ni menos así se saludaban los Atenienses.

*P.*—Eso no viene al caso. Qué hay?

*H.*—Lo que habrá mañana. Crisis que nada resuelven.

*P.*—Pero como ellas sean crisis algo resolverán.

*H.*—De hecho. Fases, modos, maneras, accidentes que dicen los filósofos.

*P.*—Conque nada nuevo ¿no es verdad?

*H.*—Cabalito. Nada nuevo. Rumores que animan el cuadro pa-

ra alegrar las fiestas y á otra cosa.

*P.*—Es decir, que vamos de paso.

*H.*—Y lo peor es que pasan sin dejar de pasar tales cosas que apuran la paciencia.

*P.*—Cá! Pues si la paciencia fuera apurable ¿á donde habrían ido á dar con su cuerpo los mil ídolos que adora el mundo?

*H.*—Es que empujados no caen.

*P.*—Por el contrario caen á cada instante; mas *post fata resurgunt*.

*H.*—Qué cierto es! Y no solo resucitan íntegros despues de quebrantados, sino que se reproducen con pasmo y sobresalto de los expectadores.

*P.*—No es poca dicha asistir de balde á la eterna comedia.

*H.*—Conforme. Mientras no se

pide el abono, sea en gracia; pero cuando pagado salimos con que el drama es trágico, adios entonces con el recreo.

*P.*—De modo que en la variedad está el gusto. Ni hay comedia clásica sin sainete, cuanto mas extravagante, mejor, ni tragedia sin sus granitos de sal y pimienta.

*H.*—Tanta puede ser la sal que irrite la lengua, y tanta la pimienta que amostace el estómago. Tragedias; pero no tantas. Libertad; pero no tanta. Teatro, representaciones, ficción y emblemas cuantos se quieran, como no sean inmorales; mas las realidades de cierto género ponen miedo en el ánimo como diría Sancho.

*P.*—Con todo, esperemos.

*H.*—Pues qué resta ver ya habiéndose puesto en escena las costumbres y las cosas de la guerra, las pinturas y los pintores, los epitalamios y la música?

*P.*—Vaya! vaya! No hay cosa divertida que no pueda serlo mas, ni cosa mala que no pueda ser peor. Y sino que se lo cuenten á la célebre vieja en cuyos discretos labios ponen niñeras y los decidores el siguiente cuento, que dicen pasado en... Parece ser que saludando la buena mujer al Rey D. Pedro, celebrando su nombre, sus virtudes, glorias y

hazañas, y y colmándole de bendiciones consiguió llamar la atención de cuantos la oían, pocos de ellos prevenidos en favor de S. M. Y lo que es mas, hasta llegó á interesar al mismo Rey aquel espectáculo en términos de haber inquirido de la vieja cual era el motivo y cual el objeto de sus alabanzas y hosannas. No se morrió la lengua la interpelada y habló de este modo—Señor, el motivo y objeto de celebrar á V. M. son que viéndome rodeada de murmuradores, de gente inexperta y de muelle condición he querido aleccionarla con el buen ejemplo á que obligan las canas persuadiendo á todos la mútua conveniencia, pues yo conocí al abuelo de V. M. que no era muy bueno que digamos. Conocí al padre de V. M. que era malo de veras, conozco bien á S. M. que dá ocho de ventaja en el género á su abuelo y á su padre; y pido al Señor nos guarde á V. M. muchos y dilatados años, no sea que, aunque no parezca cosa hacedera, el sucesor de V. M., por rematado en el género, nos haga bendecir la buena memoria de quien, con tal motivo y objeto, me deshago yo en bien meditados elogios.

*H.*—Ya! Conque es decir que los últimos son los peores.

*P.*—Cabales.

*H.*—Mucho es menester madrugar para ganar la palmeta á los finados.

*P.*—Pues á todo hay quien gane.

*H.*—Entre cuentos y refranes se pasan horas perdidas.

*P.*—Cuentos hay y refranes que valen un mundo.

*H.*—Otros hay tan vulgares que no merecen recordarse.

*P.*—Sin embargo, adajio con adajio se paga, y quien paga descansa.

*H.*—Pues bien. Cambiemos adajio por cuento.

*P.*—Eran dos amigos de lugar, y compañeros de caza y de pesca. El uno tomaba por recreo aquellos ejercicios, el otro por ocupacion, que de trabajar no entendia. Honrado á macha-martillo el uno pasaba mil cuitas y sufría toda clase de privaciones antes de importunar á nadie, y tomaba pesadumbre cuando debía una fanega de trigo ó una peseta. El otro vivía, según ahora decimos, sobre el país. Era un consumado petardista. Con frecuencia oía este decir á su camarada de expediciones.—No vivo, me dá vergüenza encontrarme con don N.; y cuando había pagado la deuda respiraba exclamando:—Ay! Gracias á Dios! Quien paga descansa.—Ya cierto día el habilidoso, como enojado

de que ni la merienda podía sacar á su compañero, deshizo el compromiso de caza y de pesca con esta ingénuo despedida.—Dices que quien paga descansa.—Pues bien, yo no descanso día ni noche hasta que logro embaucar á bobos, que á mas de trabajos y fatigas cargan con la pesadumbre de cuidados ajenos. Yo nunca pienso en lo que debo; eso es de cuenta del acreedor.

*H.*—Maliciosillo es el cuento. Ahora se acostumbra cobrar con celo, y hacer hábiles paréntesis sobre lo que se debe.

*P.*—Por manera que el peor ganador será el cobrador mas diligente.

*H.*—Hay tantos ejemplos!

*P.*—Son cosas de escuela. Cada tiempo trae sus máximas, y para aforismos nuestra época.

*H.*—Con tal de que la moral ilustrada quede á salvo, todo vá bien.

*P.*—Claro es. Pero cuidado con la moral corriente!

*H.*—Ah! La escuela católico-liberal es fecunda en temperamentos.

*P.*—Pudiera suceder que sobre el tema cayese una granizada á ejemplo de la que descargó en cierta parte del mundo, y este es un sucedido, sobre un pobre barbero complaciente como lo requiere el oficio. Entra sus par-

roquianos contaba uno de seca condicion, vivo de génio, hombre de cuentas y negocios, y como tal andaba preocupado de ordinario. Llegó el barbero, bañole la cara y como hubiese empezado á darle tajos, díjole=Hace á Usía daño la navaja?=Montado en cólera el parroquiano contextó=Ni lo uno, ni lo otro: ni soy Usía, ni me hace daño la navaja.=Cuidado pues, no sea que nos encontremos con una escuela que ni sea católica ni sea liberal y con un hombre que se atreva á decirlo claro. Bastante en remojo está ya la barba. Al negocio y dejémonos de impertinencias.

H.—Mas no puede negarse que la escuela católico-liberal es ilustrada, generosa, benéfica, y por apéndice hábil.

P.—Vaya otro cuento. Pasaba lista á su compañía un sargento de cazadores de Madrid; y como entre los soldados hay de todo, ladinos y tardos, fátuos é ingénuos, decidores é insimismados, cada cual de su casta y lugar y de diferente apellido, uno de ellos que no pecaba de agudo tenia por nombre Juan y por sobre nombre Talento. Al citarle con su nombre y apellido, á saber, *Juan Talento*, salió una voz de entre los camaradas que dijo=Dios lo dé!=Ilustracion, genero-

sidad, beneficencia!.. Dios lo dé. Lo de hábil es indudable.

H.—Eso es por extremo sedicioso! Debe recogerse, y además debe castigarse al autor.

P.—Muy bien pensado. Como no sea tarde! A este propósito me ocurre traer á colación un sucedido. En ciertas ciudades de España, si es que no en todas, que esto no lo sé, preparan los niños una especie de oratorios que llaman *Nacimientos*. Claro es que esto se hace para recordar en pascuas de Navidad y de Reyes el amoroso misterio de la venida de Jesucristo. Pues bien, en una noche borrascosa de marzo, cuando mucho há están recogidas y empaquetadas para otro año las figuras que lucen en los nacimientos, concibieron unos estudiantes la broma de ir á una casa determinada y á deshora de la noche en busca del nacimiento. Los moradores eran personas retiradas de trato, y rezado el rosario á primera hora de la noche se retiraban á descansar para muy de mañana oír misa y ocuparse luego en sus tareas ordinarias. Llegan los estudiantes aporreando las puertas, y con gritos descompasados llamaban á los dueños de la casa, quienes alarmados salieron al balcon preguntando qué es lo que querian. Les dijeron con admirable frescura=

Venimos á ver el Nacimiento.= El dueño de la casa entre iracundo con broma tan pesada, y contento de que no hubiera ocurrido alguna desgracia, exclamó=Bellacos! Voy á bajar, y yo les ajustaré á VV. la cuenta.=Los estudiantes que habian logrado todo su objeto replicaron al amostazado señor=Pero B...uen hombre! Cuando V. baje dónde estaremos nosotros? Lo que adentro pasaría adivínelo el discreto lector.

H.—Con todo, multas y silencio. Qué pague! que pague el atrevimiento!

P.—Sobre esto de pagar tambien me ocurre un sucedido. Habia en una ciudad cierta muger laboriosa y de gobierno que solia ser el paño de lágrimas de sus vecinas. Una de ellas le debia seis reales, y como la prestamista hubo de necesitarlos envió una hija suya á pedirlos. La requerida de pago, como si fuera molestada para adelantar los seis reales, contextó de manera que la vecindad lo óyese:=Mira! dí á tu madre que si cree que tengo yo un cuño de sellar moneda... Es decir, sobre no pagar, echarla de acreedores. No es poca habilidad.

H.—Tenemos sobre nosotros la guerra y la langosta, dos plagas que nos consumen.

P.—Es verdad.

H.—Pues bien, todo eso pesa sobre nosotros.

P.—Y tambien los murmullos de gentes sin educacion.

H.—Con que tuvieran temor de Dios!

P.—Ya! Pero como de eso no haceis gran caso que digamos.

H.—Una friolera! Pagamos al clero, y formamos en las procesiones.

P.—De veras le pagais? Estais en paz con él? Nada hay rezagado? En cuanto á procesiones importaria mucho limpiar la conciencia de las procesiones que andan por dentro, y cuentas claras, situaciones despejadas y á cada uno lo suyo. *Suum cuique*. A quien honor, honor, á quien tributo, tributo, á quien reverencia, reverencia. Que eso de levantar la mano contra los mayores castígase duramente por Dios. Y cuidado con reirse! Al tiempo! Pues Dios consiente; mas no para siempre.

H.—Eso es! confesar! No es verdad?

P.—Clarito. De tal hecho resultarian varios actos de diferente especie, por ejemplo, restituir lo mal habido, deshacer agravios, implorar gracia y perdon, vivir en adelante como Dios manda y Cristo con todos.

H.—Vamos pues al misticismo.

P.—No! Vamos simplemente á la justicia que tan molesta parece.

H.—Impertinencias!

P.—Nada parece mas impertinente al salteador que la llegada de la Guardia civil al tiempo de limpiar el bolsillo á los viajeros. Qué inoportunidad! Déjale tiempo, sosiego y calma que despues era ocasion oportuna de presentarse sin molestar á ciudadanos honrados.

H.—Cruel ironia!

P.—Nada hay mas cruel que la injusticia hecha á nombre de la justicia, ni mas desvergonzado que echarla de amigos cometiendo atropellos. Cosa propia de políticos no enseñados en Teologia, ni ejercitados en piedad, como dice el P. Rivadeneira.

P.—Misterio tenemos? Y aquello de la *verdadera libertad*?

H.—Ayer no es hoy. Es menester observar por donde soplan los vientos.

P.—Conformes. Sin eso mal se puede aventar sin que las pajas caigan en los ojos.

H.—Famosa es la frase que dice=Lo que va de ayer á hoy=Mudarónse los colores

P.—Ya! De ahí nacerá que no nos conocemos. En llegando á

pintarse una cara, el diablo que la conozca.

H.—Pues todo es preciso para vivir en el mundo.

P.—Pues es inconveniente y ademas ridículo. Vea V. lo que suele acontecer. Alojábanse en una posada, y en el mismo aposento un caballero blanco y otro negro. Al recojerse encargó el primero le llamaran muy de mañana para continuar su viaje. Testigo el negro de la orden que su compañero daba tuvo la humorada de pintarlo de su propio color cuando le vió dormido. Llegó la hora en la cual el mozo del meson debia cumplir su cometido y dijo al caballero blanco=Señor, arriba! Puesto de pié miróse á un espejo que traia consigo, y al verse negro, exclamó:=Qué disparate! Han llamado al negro en vez de llamar al blanco.=De modo que el mero accidente de un barniz, que pronto ha de caer descascarado, produce nada menos que el aturdimiento de negar uno quien es. Y basta de cuentos que parecen historias.

H.—La crítica vá rematando en punta.

P.—Váyase porque otras acaban en blasfemias obtusas, como la siguiente=Predicaba un párroco el Evangelio; y como repitiese con insistencia que hablaba palabra de Jesucristo, divino

maestro de las naciones, y que tales y tales cosas con arreglo á tal palabra son de suyo inconciliables, muy luego salió un periodista, que no debe pecar de agudo, diciendo=*Hay quien enseña que...*=Pues bien, el *Quien* es nada menos que Cristo, hijo de Dios vivo, Salvador del mundo. El *Quien* que tales cosas recordaba es un ungido del Señor; y sabido se tienen aun los mas descuidados en educacion cristiana que quien oye á los enviados de Jesucristo, oye al mismo Jesucristo, y desprecia á Jesucristo quien á sus enviados desprecia. De modo que limpia y almidaradamente profirió una blasfemia, por supuesto del orden grotesco, y del género impío, el nunca bien celebrado crítico, que llevaba la contraria llamando, como si dijéramos, *quidam* á Jesucristo.

H.—Pues de qué se ha de discutir?

P.—Es muy sencillo! De lo que se entiende, siquiera por no verse corridos ante la mas vulgar estimacion.

H.—Se hiere á las profesiones y carreras.

P.—Qué lástima de profesiones! desventuradas carreras! Quien habrá engañado á quien, los maestros no enseñando, ó los discípulos no habiendo aprendi-

do? Que en paz descansen la cátedra, el texto y el graduado.

H.—A la política! á la política! Ese es el campo adonde vais siempre con tendencia irresistible.

P.—Caso práctico. Trata un orador desde la cátedra sagrada, asuntos dogmáticos, ó morales, *exempli gratia*, de la unidad de Dios, de la unidad de fé, de la unidad de bautismo y de la santa iglesia; y al punto se dice de él. =Habla política.=Luego se confiesa que hay una política no conforme con aquella múltiple unidad Combate el Protestantismo, y se le censura porque ofende á la política. Luego hay una política protestante. Impugna la incredulidad, y se resiente la política. Luego hay una política incrédula. Declama contra la impiedad, y se dán por aludidos ciertos políticos. Luego hay política impía. Habla de justicia, de restituciones, de moralidad y contra las demasias y desafueros, y al instante se levanta contra él un clamoreo que le arguye de traer á la cátedra del Espíritu Santo cuestiones políticas. Luego hay una política mal avenida con la moral santa del Evangelio. Y tambien sucede que se disgustan los políticos cuando habla el orador católico así de los deberes de las autoridades, como de las obli-

gaciones de los súbditos. Con esto se declara no haber caído en cuenta de que el Evangelio es un tratado perfecto de política, es decir de vida pública y privada con arreglo á ley eterna de Dios, á toda ley justa, á toda decencia, á toda dignidad y á todo noble sentimiento.

*H.*—Agur! Hasta despues!

*P.*—Felicidades con buen sentido!

En la festividad del Stmo. *Corpus Christi*, 27 de mayo de 1875.

† *El Obispo de Jaen.*

## El desafío.

### II.

La antigua legislacion de España, como puede verse en las reales Pragmáticas citadas, castigaba con la pena de muerte y confiscacion de todos sus bienes al que provocase el desafío ó al que lo admitiese, y con la pena inmediata á los terceros y padrinos; comprendiendo en iguales penas á todos los que viniesen al duelo, aunque no llegara á tener efecto, toda vez que estuviese admitido y uno de ellos se presentase en el lugar del desafío.

La legislacion actual, apesar de estar inspirada en un espíritu mas suave y mas blando, especialmente al tratar cierta clase

de delitos, no ha dejado por eso de señalar penas para los duelistas y para todos aquellos que en el desafío entienden de una manera directa. El Código penal reformado, en el capítulo 9.º, artículo 439 dice: «La Autoridad que tuviere noticia de estarse concertando un duelo, procederá á la detencion del provocador y á la del retado, si éste hubiere aceptado el desafío, y no los pondrá en libertad hasta queden palabra de honor de desistir de su propósito; y en el artículo 440 dice: «El que matare en duelo á su adversario, será castigado con la pena de prision mayor.

Si le causare las lesiones señaladas en el número 1.º del artículo 431, con la de prision correccional en sus grados medio y máximo.

En cualquiera otro caso se impondrá á los combatientes la pena de arresto mayor; aunque no resulten lesiones.» Si de resultas de las lesiones recibidas en el duelo, quedase el herido imbecil, impotente ó ciego, se impondrá, segun el artículo 441, la pena de destierro, y en caso de homicidio la de confinamiento: «al provocado á desafío que se batiere por no haber obtenido de su adversario explicaciones de los motivos del duelo. Al desafiado que se batiere por haber



desechado su adversario las explicaciones suficientes ó satisfaccion decorosa del agravio inferido; y por último al injuriado que se batiere por no haber podido obtener del ofensor la explicacion suficiente ó satisfaccion decorosa que le hubiere pedido.»

Estas son las penas principales que señala el Código vigente en cuanto á los combatientes en duelo. Respecto á los instigadores y padrinos dice lo siguiente: «Artículo 443. El que incitare á otro á provocar ó aceptar un duelo, será castigado respectivamente con las penas señaladas en el artículo 440 si el duelo se lleva á efecto. Artículo 444. El que denostare ó desacreditare públicamente á otro por haber rehusado un duelo, incurrirá en las penas señaladas para las injurias graves. Artículo 445. Los padrinos de un duelo del que resultaren muerte ó lesiones serán respectivamente castigados como autores de aquellos delitos con premeditacion, si hubieren promovido el duelo ó usado cualquier género de alevosia en su ejecucion ó en el arreglo de sus condiciones.

Como cómplice de los mismos delitos si lo hubieren concertado á muerte ó con ventaja conocida de alguno de los combatientes.

Incurrirán en las penas de

arresto mayor y multa de 250 á 2.500 pesetas, sino hubieren hecho cuanto estuvo de su parte para conciliar los ánimos ó no hubieran procurado concertar las condiciones del duelo de la manera menos peligrosa posible para la vida de los combatientes.»

Hemos extractado del código las penas principales con que hoy se puede castigar el bárbaro crimen de que nos venimos ocupando, las cuales si bien nos parecen algo suaves para la gravedad del delito, sin embargo no lo serian tanto si se aplican con todo el rigor debido para desterrar un crimen tan pernicioso y repugnante, por cuya extirpacion deben trabajar sin tregua ni descanso todos los amantes del buen orden y de la civilizacion verdadera.

Lo dicho bastaria con mucho para que los ciudadanos honrados, los que se precian de fieles guardadores de la ley y los católicos verdaderos aborrescan el desafío, toda vez que la religion y las leyes civiles de consuno lo reprueban y condenan de una manera palmaria y evidente. Mas como hay por desgracia algunos, aunque pocos hombres, en nuestra sociedad que se rien satánicamente de las disposiciones de la Iglesia católica, y como lógica

consecuencia menosprecian los mandatos de la potestad civil, á estos vamos á propinarles algunos párrafos en que un enemigo de la Iglesia, que vale por muchos, un libre-pensador de tomo y lomo, expresa la opinion que el filósofismo racionalista mas exagerado tiene formada del duelo y de los duelistas.

Dice J. J. Rousseau, que es la célebre autoridad á que aludimos, y que ciertamente no será calificado de *neo* y de *beato*: «Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y no es propia mas que para hacer valientes malvados.»

«Además ¿en qué consiste esta horrible preocupacion? En la opinion mas estravagante y bárbara que pudo entrar jamás en el entendimiento humano, á saber: que todos los deberes de la sociedad se suplen con el valor; que un hombre deja de ser pillo, bribon, calumniador, que es político, humano, bien educado, cuando sabe batirse; que la mentira se cambia en verdad; que el robo se hace legítimo, la perfidia honrosa, la infidelidad laudable en el momento que se sostenga todo esto con la espada en la mano; que una afrenta se en-

cuentra ya reparada por una estocada, y que nunca se hace injuria á un hombre con tal que se le mate. Confieso que hay otra clase de lance en que la caballerosidad se une á la crueldad, y en el que no se matan las personas sino por casualidad; es aquel en que se baten á primera sangre. A la primera sangre. ¡Gran Dios! Que quieres hacer tú de esa sangre, bestia feroz, acaso beberla?»

«Se dirá que el *duelo* prueba que hay valor, y que esto basta para borrar la verguenza ó vituperio de todos los demás vicios. Yo pregunto, ¿qué honor puede dictar semejante decision, y qué razon puede justificarla? Segun esto, si os acusan de haber matado á un hombre, ireis á matar otro para probar que no es verdad. Asi, virtud, vicio, honor, infamia, verdad, mentira, todo puede originarse del éxito de un combate; una sala de armas es el asiento de la justicia; no hay mas derecho que la fuerza ni mas razon que el asesinato; toda la reparacion debida al que se ultraja es el darle muerte, y toda afrenta se encuentra bien lavada en la sangre del ofensor ó del ofendido. Decid, ¿si los lobos supiesen racionar, tendrian otro lenguaje?»

«¿Se vió una cosa semejante

sobre la tierra cuando estaba cubierta de héroes? ¿Los hombres mas valientes de la antigüedad pensaron alguna vez en vengar sus injurias personales por medio de combates particulares? ¿Envió César algun cartel á Caton, ó Pompello á César por tantas afrentas recíprocas? Y el capitán mas grande de la Grecia ¿se deshonró por haberse dejado amenazar con un baston?»

«El honor no es variable; no depende de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones ni puede pasar, ni renacer; tiene su origen eterno en el corazón del *hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes.*»

«Por otra parte, es falso que al abstenerse de un duelo por virtud, se haga uno despreciar. El hombre recto cuya vida no tiene tacha, y que jamás ha dado pruebas de cobardia, rehusará manchar su mano con un homicidio y por esto será mas respetado. Siempre pronto á servir á la patria, á proteger al debil, á llenar los deberes mas peligrosos y á defender en todo encuentro justo y honroso lo que tiene de mas querido y á costa de su sangre, camina siempre con esa inalterable firmeza, compañera inseparable del verdadero valor. En

la seguridad de su conciencia marcha con la cabeza levantada; no huye ni busca á su enemigo. Se vé fácilmente que teme menos morir que obrar mal, y que le espanta el crimen y no el peligro. Si las viles preocupaciones se levantan por un momento contra él, todos los dias de su honrosa vida son otros tantos testigos que las recusan y en una conducta tan bien trazada se juzga de una acción por todas las demás.»

«Yo considero los duelos como el último grado de brutalidad á que pueden llegar los hombres. El que va á batirse con la alegría en el corazón no es á mis ojos mas que una bestia feróz que trata de despedazar á otra.»

Ahora bien; ¿quiérese algo mas elocuente que las palabras que el filósofo de Ginebra ha empleado contra el desafío? Es imposible hablar con mas fuerza, con mas energía y con mas profunda convicción de la gravedad que entraña el desafío como crimen contra la misma sociedad, que fundada en una falsísima noción del honor, tiene la desgracia de aceptarlo como una moda tan perniciosa y detestable, que ninguna persona sensata y juiciosa puede apadrinar.

El desafío, pues, que está con-

denado por su origen bárbaro, por las leyes de todos los países civilizados, tanto en los antiguos, como en los modernos códigos; por la Iglesia católica, que en este como en todos los asuntos camina al frente de la verdadera civilización; el desafío que no ha podido ser justificado ni aun por los amplísimos principios de la filosofía racionalista y anticatólica; el desafío que es hasta un menosprecio del poder público, de las autoridades y Magistrados, cuya misión es castigar, entre otros delitos, las ofensas que los hombres puedan inferirse mutuamente; el desafío, en fin, que no es ni puede ser prueba de inocencia para ninguno de los combatientes, puesto que una deplorable experiencia nos ha demostrado que la mayor parte de las veces queda muerto en el campo de batalla el desgraciado que recibió la ofensa, saliendo triunfante el ofensor, es, como digimos al principio de nuestro trabajo, una gran vergüenza de nuestras sociedades, una plaga que, cual desoladora langosta, ha invadido á nuestra España y que por lo tanto hay que exterminarla con mano firme y vigorosa sino queremos tener un motivo más para decir que el siglo XIX camina hácia los siglos bárbaros, apesar del honroso aunque injustificado epíteto con

que se le distingue al llamarle siglo de las luces.

Si el asunto que nos ocupa no fuese tan sério y grave, aun podríamos tratar de él considerándolo en su parte ridícula; pero ni la índole de la materia, ni la gravedad de nuestra publicación nos permiten, siquiera por un momento, que echemos á chacota lo que tantas lágrimas ha costado y cuesta á miles de personas. Báste lo dicho para que todos se convenzan de la importancia del mal y de sus funestas consecuencias, á fin de hacer lo posible por desterrarlo de nuestras costumbres, y eliminarlo de el capítulo de la moda con que se ha tratado de justificarlo entre algunas clases de la sociedad.

*A. Soriano y Barragan.*

---

#### SECCION DE VARIEDADES.

---

##### El filósofo español tomista FRAY CEFERINO GONZALEZ

Válido por demás hubo de correr no há mucho tiempo, dando al olvido nacionales glorias, que los estudios especulativos no eran ni podían ser fecundos en España. La Historia, maestra de verdades, puso de manifiesto lo erróneo de este aserto en lo tocante á lo pasado, y la evidencia más palpable expone á nuestros ojos la falta de verdad

en lo que hace á lo presente, con lo que queda por demás demostrada su total falsedad respecto al *esse* y al *posse* de la cuestion en debate.

En efecto, Séneca y Osio en la antigüedad, San Leandro y San Isidoro en la edad media, Vives y Melchor Cano en la moderna, Orti Lara, Campoamor y Moreno Nieto en la contemporánea, al par de otros innumerables escritores que omitimos, son buena prueba de lo que aseveramos. Mas por si acaso fuese menester nuevas pruebas, deparónos la Providencia en nuestros dias al ilustre dominico Fr. Ceferino Gonzalez.

Es la modestia virtud, y virtud cristiana por añadidura, cuyos naturales resultados Dios compensa por ignorados caminos. Ocúltase el oro en las entrañas de la tierra, pero el brillo de su natural color descubre indicios del exiguo filon de rica mina; y la luz, quebrándose en colores en la superficie del diamante, distintamente le señala entre la inmensa multitud de piedrezuelas entre las que se esconde y desaparece. Esto aconteció con el filósofo español. En vano aparta con la mano de la humildad la trompa de la fama. El viento esparce sus sonidos, y el P. Ceferino ve atónito invadir su celda estrecha á jóvenes sedientos desaber, á sabios deseosos de conocerle, á escritores que ansian someter sus trabajos á su exámen, y lo que más le mortifica, á publicaciones, ya aisladas, ya periódicas,

en que se da á conocer su justo é ignorado valor por los que consideran cargo de conciencia y crimen de lesa nacionalidad y patria no dar á conocer al mundo sabio la existencia de varon tan ilustre y eminente.

Oriundo de las quebradas montañas del principado de Asturias, vió el P. Ceferino la luz en el fragoso valle de Villoria, donde talvez las empinadas cumbres de las montañas, que por todas partes le rodean, encaminaron desde niño su mirada al cielo, y contribuyeron poderosamente á infundirle ese tinte de natural tristeza y gravedad que casi nunca le abandona.

Sus padres, modelos típicos de aquellas honradas familias españolas que tantos héroes dieron á la patria por la severidad de sus costumbre y la rigidez con que los educaban, infiltraron de tal modo el amor á la virtud y al estudio en el ánimo del jóven asturiano, que, siguiendo el ejemplo de ilustres paisanos suyos, abrazó la carrera eclesiástica, dirigiéndose al colegio de misioneros de Ocaña donde empezó sus estudios, juntamente con el que despues ilustró la órden de predicadores con el admirable martirio que sufrió en Asia, el venerable padre Fr. Melchor García San Pedro natural del concejo de Quirós, en la provincia de Asturias, !como si esta gloriosa tierra, cuna de nuestra nacionalidad y origen de la restauracion y de la reconquista, estuviese llamada á restaurar de nuevo

las ciencias y la fe, con mártires como San Pedro y filósofos como Fr. Ceferino.

Era tal y tan grande la afición al estudio en este último, que ya desde pequeño empezaron sus ojos á resentirse de tanta y tan continuada lectura, mereciendo de sus compañeros el significativo y humorístico apodo de *Traga-libros*.

Teología, historia, cánones, ciencias políticas y sociales, todo lo recorría con avidez creciente, todo lo leía, sobre todo meditaba; pero ya dejaba conocer muy á las claras su mayor afición á los estudios filosóficos, en su parte especulativa, y ya revelaba á los perspicaces ojos de sus superiores la gran fuerza de especulación, su gran talento, la vasta profundidad de raciocinio de que tan evidentes pruebas está dando.

Un error inconcebible vino á poner á prueba la vocación del joven dominico, prueba de que salió triunfante, dejando más confirmado así su invencible amor á la religión de Santo Domingo.

Profesó tan joven, que solo contaba, según la fe de bautismo, el tiempo canónico necesario para poderlo verificar, cuando, pasado un año, recibió aviso del superior de que su fe de bautismo estaba equivocada, y que por lo tanto, su profesión era nula, y podía, si tal era su voluntad, abandonar el hábito. No se hizo esperar mucho la respuesta, y tras pocos días de ejercicios, volvió á profesar solemnemen-

te, confirmando así por dos veces su ardiente amor á Dios, á la religión y á la ciencia.

Una de las incesantes llamarras con que la revolución ha estado desolando en este siglo á nuestra patria obligó á apresurar la marcha para las misiones al P. Ceferino, que, en compañía de otros jóvenes dominicos, se embarcó en Cádiz en la fragata *Fama cubana*, con tan desgraciada suerte que, asaltados de tempestad furiosa, rota y maltratada la nave, arribaron tras largos días de padecimientos á Rio-Janeiro, donde trasbordaron á un buque inglés para continuar su navegación interrumpida. Pero estaba de Dios que había de pasar por el agua y por el fuego, pues apenas en alta mar, estalló un incendio á bordo, producido de intento por varios marineros que se declararon en rebelión abierta.

Fácil es de considerar la natural angustia en situación tan precaria; pero, en fin, Dios hubo de apiadarse, y ante la aparición de otro buque inglés que regresaba, se apagó el fuego, y los cabecillas de la revuelta fueron conducidos á su bordo y separados de la tripulación que alborotaban.

Estos terribles accidentes, que tanto debían afectar el ánimo y que tanto dilataron la navegación, empezaron á abrir mella en la delicada constitución del P. Ceferino, mella que acabó de profundizar el ardor increíble con que, sin abandonar el púlpito ni el confesionario y

las prescripciones de la regla, se entregó al estudio en el ardoroso clima de Manila, añadiendo á sus trabajos particulares y á la consumación de sus estudios teológicos el desempeño durante cinco años de la cátedra de filosofía y durante ocho de la de teología; época funesta para su salud, si bien fecunda en sumo grado para la ciencia.

Abrumado con tales y tantas ocupaciones, á tan colosal distancia de los centros científicos del movimiento intelectual europeo, falto de libros muchas veces, trazó á pluma por entonces la obra magistral titulada *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, obra gigantesca, monumento del genio y del saber, y lo más notable que en ciencias filosóficas ha visto quizá el siglo en que vivimos.

Los que, como nosotros, hayan recorrido sus páginas sin prevención alguna ni antecedente ninguno respecto de su autor, habrán sentido subyugarse su espíritu ante aquella poderosa lógica, ante aquella naturalidad y sencillez, ante aquel altísimo vuelo de la razón, que impele á la verdad con tan misteriosa como irresistible fuerza.

Los más altos y trascendentales problemas de filosofía, agitados por las escuelas orientales, griegas, alemanas, latinas, francesas, italianas, árabes, inglesas y españolas; las soluciones más distintas dadas por los sistemas antiguos y modernos; los cargos más graves y severos dirigidos á la filosofía escolástica:

las más difíciles cuestiones relativas al bien, á la verdad, á la belleza, á Dios, al hombre y al mundo, con sus aplicaciones á la moral, á la política, al derecho, á las ciencias físicas y naturales, todo lo estudia, todo lo analiza, todo lo juzga y lo domina desde el elevado punto de vista de la filosofía de Santo Tomás.

El racionalismo en sus infinitas divisiones, el tradicionalismo en sus diversos matices, el panteísmo en sus diferentes modos, el materialismo en sus distintas fases, los errores optimistas ocasionistas ontológicos, empíricos, todos en fin, reciben condenación justificada, no en vagas y huecas declamaciones, sino con razones poderosas, recto criterio é incontrastable lógica; inútil sería tratar de analizar esta obra; que los que quieran conocerla abran sus páginas, y más que nuestros pobres encarecimientos dirá á sus ojos la evidencia.

La obra de los *Estudios* fué una revelación. El mundo católico lanzó un grito de entusiasmo. Cual en otro tiempo, desde un ignorado rincón de Cataluña, salió una voz que atrajo las miradas de Europa con su imperio, y el nombre de Balmes corrió á aumentar el catálogo de los varones inmortales, así el mundo científico se asombró ante tanta erudición, tanta ciencia y tanta profundidad de juicio, buscando con la vista la asiática ciudad donde residía el genio.

Pero el genio era un oscuro

fraile, de pocas palabras, enemigo del ruido y la exhibición, amante de la soledad y del estudio; y el mundo arrastrado en el incesante torbellino de las catástrofes políticas, distrajo sus miradas á otra parte más fácil y divertida ó más interesante que una obra en tres tomos, de materias abstrusas y metafísicas, y poco tiempo después un ministro ligero y superficial cuando ménos, se atrevió decir que en la universidad de Manila, donde habia enseñado cinco años filosofía el P. Ceferino, donde se habian formado, donde habian sido elaborados los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, se enseñaba una filosofía propia de los tiempos del oscurantismo.

No fuimos nosotros, por fortuna, de los que perdieron de vista al eminente filósofo, y cuando una enfermedad cruel, contraída por tan penoso estudio en Filipinas, le obligó á volver á España á reponer su salud, tan quebrantada, tuvimos la incomparable honra de ser los primeros en trabar con él lazos de firme y sólida amistad, subordinados á la veneración y al respeto.

Frutos de condescendencia suya é impertinencia nuestra fueron los admirables artículos que sobre economía política y filosofía alemana y escolástica publicó en *La Cruzada*, primera publicación que en España obtuvo el honor de insertar estudios suyos y de citar con justo elogio su nombre y sus doctrinas.

Escribió más tarde en la revista

*La Ciudad de Dios*, dirigida por el también insigne filósofo Orti Lara, en la que dió á luz cuatro magníficos artículos acerca de la filosofía de la historia, señalando su origen racional é histórico, sentando sus principios y elementos, su fin y sus propósitos; analizando los sistemas y combatiendo los errores que, con pretexto de esta ciencia, se infiltraban en la filosofía y en la historia.

Y más tarde, cuando el mundo católico se vió entregado á poco prudente disputa entre las dos exageradas tendencias del partido católico, en la cuestión de la infalibilidad pontificia, el P. Ceferino González dejó oír su voz serena en medio del combate, y condenando el amargo celo y la funesta intemperancia de los unos y las peligrosas doctrinas de los otros, restaurando la hermosa doctrina de Santo Tomás y Melchor Cano, despejó el campo de nieblas y fantasmas, dejando á la verdad esparcir tranquila sus rayos de luz á las conciencias.

Mientras tanto, el P. Ceferino habia producido otra obra más difícil, más útil, si se quiere, todavía. *La Philosophia elementaria*, en que, desenvueltas y ordenadas las admirables doctrinas de Santo Tomás, ofrecen un cuerpo de doctrina metodizado, para que la sólida y fundamental filosofía del doctor angélico fortifique las jóvenes inteligencias de los estudiantes de los seminarios, y al mismo tiempo



les dé un conocimiento completo y detallado de los principales errores y sistemas que combaten á la verdad en filosofía, no en un examen aislado de las escuelas, sino en cada teoría, en cada principio, en cada aplicación de la lógica y ontología, de la psicología é ideología, de la cosmología y la teodicea, y, finalmente, de la ética; asistiendo así á la génesis de cada error antiguo y moderno de los que registra la historia de la ciencia.

Pero esta obra, destinada á influir tan poderosamente en la reforma é ilustración de nuestro clero, tan necesaria siempre, pero especialmente hoy en día, y por lo tanto, á la reorganización de nuestra sociedad, tan desquiciada, era estéril, por regla general, para las escuelas y universidades, por el general olvido y decadencia de la lengua del Lacio, en que está escrita la *Philosophia elementaria*. Varias personas, entre las que reivindicamos con orgullo la honra de contarnos los primeros, exigimos y suplicamos que se vertiera al castellano, y al fin lo conseguimos, si bien el padre Ceferino, incapaz para repetirse, la modifica de tal modo al traducirla, añadiéndola por unas partes, cercenándola por otras y dándole diverso desarrollo, que más bien será una nueva obra que no una traducción lo que publique, si es que el estado de su salud le permite dar cima á este trabajo.

Y decimos esto porque aún está

vivo el doloroso recuerdo de una decepción que hemos sufrido.

Á fuerza de instancias se pudo conseguir que algunos días prescindiese de su exagerada modestia el P. Ceferino, y que en la humilde celda de la calle de la Pasión, donde habita, admitida la renuncia del cargo de rector del colegio de Ocaña, expusiese en algunas conferencias los inmortales principios de la filosofía tomista. Así lo hizo, en efecto, tres días por semana, desde el 1.º de Enero de este año, en que, sin aparato ni ostentación y casi *peripatéticamente*, expuso la importante cuestión de las categorías, la admirable teoría de la verdad, la de la razón y toda la psicología empírica y casi toda la racional, ante un reducido pero atentísimo auditorio, en el que, entre los varios cuyos nombres no recordamos, se hallaban jóvenes de talento, periodistas, sacerdotes, títulos de Castilla, como Perez Hernandez, ya bien conocido por su talento y afición á los estudios filosóficos; Pagasartundua, conocido ventajosamente también en los círculos literarios como artísticos; el marqués de Heredia, con su afición á la ciencia y á la literatura; el poeta y periodista Melgar; el conocido publicista Perier; el conde de Llobregat, discípulo en Francia del R. P. Gratry y ahora del Padre Ceferino en España; sacerdotes como Ortiz, y otros varios, entre los que se halla el autor de estas líneas, el más ferviente, si bien el

menos aprovechado de sus discípulos.

Pero cuando se nos presentaban en seductora perspectiva las importantes cuestiones ontológicas, la ciencia médica obligó al P. Ceferino á suspender las conferencias por algun tiempo, atendido el cada vez peor estado de su vista. Ignoramos si la Providencia volverá á reunir á los que acudiamos presurosos á la calle de la Pasion á escuchar las conferencias del P. Ceferino, pero, sea lo que quiera, estamos bien seguros que todos los que á ellas asistieron llevarán siempre en su corazon y en su cabeza impreso el recuerdo de aquellos fugaces instantes, tan útiles y tan queridos, en que, irradiando luz de su altísimo entendimiento, iluminaba los nuestros con la claridad, la precision y hasta la elocuencia de sus explicaciones.

Todavía recordamos aquel magnífico rasgo de natural elocuencia cuando, al exponernos la sublime teoría de la verdad del doctor angélico en sus divisiones de trascendental subjetiva y moral, nos la representaba con feliz analogía, como un gigantesco triángulo, cuyo vértice supremo era la mente divina, donde existentes de toda eternidad las ideas arquetipas, partian dos rayos divergentes, uno que pasaba por los entendimientos y otro por las cosas, y que representaban, el uno la impresion y participacion de la razon divina en nosotros, y el otro la confor-

midad de las cosas con la idea de su tipo preexistente en el entendimiento divino, y que se unian por el tercero, con que se cerraba el triángulo y que era la ecuacion del entendimiento con el ente, del sugeto con el objeto, de la idea con la realidad, constituyendo el primero la razon, el segundo la verdad metafísica, trascendental y objetiva, y el tercero la verdad lógica, formal y subjetiva, con que quedaba cerrado el triángulo y completada la teoría.

No se crea, por todo lo que dejamos dicho, que el P. Ceferino, implantado en los antiguos moldes de la escolástica, es una como momia filosófica exhumada de algun monasterio de la Edad media, inaccesible á toda idea, á todo método, á todo procedimiento no practicado en las escuelas. Nada de eso; si el P. Ceferino proclama la absoluta supremacía de la filosofía de Santo Tomás, si demuestra lo infundado y gratuito de muchos de los cargos que contra la escolástica formularon la pasion y la ignorancia, no por eso deja de conocer y de aceptar la parte buena de que haya sido causa ocasional la filosofía moderna, ni los extravíos á que en épocas de decadencia haya podido dar lugar la filosofía de las escuelas, pues no es, como tal vez pudieran sospechar algunos, el padre Ceferino uno de esos huecos y sentimentales declamadores, partidarios sistemáticos de todo lo pasado y enemigos *á priori* de

todo lo porvenir y lo presente. Antes, por el contrario, su natural independencia y amor á la verdad, unidos con la inspiración del genio, le llevan á la originalidad en muchas cosas en que, partiendo de la teoría tomista, da desarrollos hasta ahora desconocidos, conquistando verdades á la ciencia y haciendo avanzar así las columnas de Hércules del conocimiento humano.

Tal es, entre otras muchas que los naturales límites de este estudio nos hacen omitir, su magnífica y completa teoría acerca del origen y generación de las ideas. Tomando por base la potencialidad de la razón, reducida en acto por las impresiones de los sentidos, que producen en la imaginación los *phantasmas*, de los que el entendimiento agente, activo por naturaleza y por participación directa de la razón divina, abstrae las especies inteligibles que, recibidas por el entendimiento posible, dan á la razón materia á la reflexión y punto de partida para tomar su vuelo, distingue las ideas en impresas y expresas, admite el principio *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, clasificando, con tan admirable acierto como profundidad, las ideas innatas *in fieri proximo*, que es la universal de ente, idea que brota en la razón en cuanto se despierta, y que está primero solo ocasionalmente en los sentidos, en ideas que representan objetos pu-

ramente espirituales. y en ideas puro inteligibles, que representan las razones universales que se encuentran en las cosas espirituales como materiales, como la razón de causa, efecto, necesidad y contingencia, etc. etc., y que ambas están en los sentidos como en causa material, remota é indirecta, ó en cuanto éstos suministran la materia remota para ellas; y, por último, en ideas inferiores ó de primera abstracción, que representan las cosas materiales y sensibles bajo la forma de universalidad, y que están plenamente en los sentidos como materia próxima.

Profunda y admirable teoría, que al paso que cierra toda entrada á la teoría semi-panteísta de las ideas innatas, al tradicionalismo y al ontologismo, y finalmente, al idealismo y sensualismo, entraña una fecunda clasificación como categórica ó jerárquica de las ideas, con la que se halla fácil solución á las mil dudas que asaltan la razón al considerar el tan intrincado y tan trascendental problema del origen y generación de las ideas.

Esta somera exposición que acabamos de hacer nos pone de manifiesto, al par que la originalidad é independencia, el modo y método filosófico del Padre Cafferino.

Espíritu recto y elevado, no se entrega en filosofía á declamaciones poéticas, y más aristotélico que platónico, indaga las causas

y efectos de las cosas con lógica severa y meditado raciocinio, y no con arranques y raptos de pasión, en que tiene por regla general más parte la imaginación que el entendimiento.

Y aquí se nos presenta una nueva faz del P. Ceferino.

Los que estudien sus obras metafísicas y analicen su estilo, que aunque castizo y propio se asemeja por su precisión concisa á una serie de ecuaciones matemáticas, comprenderán, sin duda, lo filosófico de su carácter, revelado en el concepto y el estilo; pero tal vez no sospechen que aquel que con tanto tino sabe encerrar á la palabra en los límites de la idea, puede, cuando quiere, dar suelta á la imaginación y vuelo á la fantasía, brotando en poéticos raudales torrentes de inspiración y de elocuencia.

Así se nos aparece, en efecto, el P. Ceferino como orador sagrado. Encargado el año 62 de predicar el sermón en la festividad de Santo Tomás por la universidad de Manila, pronunció un magnífico discurso que, sin vacilación alguna, declaramos como una de las joyas más hermosas que esmaltan el joyel de la elocuencia española, y bastante á estampar para siempre en aquel que la produce el nombre de orador en toda la brillante extensión de la palabra.

Y en prueba de lo que de aseverar acabamos y por ser, tanto el discurso como esta nueva faz del

P. Ceferino, apenas conocidos, insertaremos alguno de sus más soberbios párrafos.

Después de demostrar que la santidad y la justicia divina han existido siempre en la tierra, desde el Eden al Ararat, desde el Ararat á Sion, desde Sion al Vaticano, en esos hombres que constituyen el apostolado de la verdad y que se llaman Adán, Noé, Moisés y aunque de un modo incompleto, en esos otros que se llaman Zoroastro y Pitágoras, Platon y Aristóteles, Ciceron y Epitecto, y, por último, en toda su plenitud en el Hijo de Dios; después de demostrar que además de la verdad divina, restaurada por Dios y por la Iglesia, existe la verdad humana, cuya obra de restauración, emprendida por Orígenes, Atanasio, Agustín, Lactancio, había de llegar á su perfecto acabamiento en el orden filosófico por Santo Tomás de Aquino; después de describir la juventud del discípulo de Alberto el Magno, el estado de la ciencia y de la Europa al tiempo de su aparición, la restauración de la verdad en el orden filosófico por el *buey mulo de Sicilia* con la *Summa contra los gentiles*, y en el orden teológico con la *Summa teológica*, hace esta arrebatadora síntesis de los trabajos del santo doctor, terminando con una rápida mirada hácia su santidad y su virtud, expresada en palabras que son todo un cántico de amor. Dice así:

«Había escrito de legislación, de moral, de gobierno, de exégesis, de controversia. Había restaurado y desenvuelto la filosofía cristiana, abriendo al paso nuevos horizontes á la ciencia. Había dominado el movimiento panteísta y el movimiento racionalista, que se alzaban amedazadores contra la religión y contra la sociedad. Después de esto sentó su tienda junto al Verbo de Dios, y de lo alto de las colinas de la eternidad arrojó sobre el mundo una palabra de verdad y de vida; levantó en medio de los siglos la inmensa pirámide de esa ciencia del cristianismo, cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se oculta en el cielo; escribió la *Summa teológica* y en ella y con ella, el testamento de alianza sempiterna entre la razón humana y la razón divina, entre la ciencia y la religión. La obra estaba acabada, y Tomás podía dormir en paz. Sobre su sepulcro se agolparon por espacio de cien años los pueblos y las universidades del mundo cristiano para disputarse sus huesos, que descansaron por fin en el seno de sus hermanos. Solo faltaba á este hombre una última gloria, y Dios le concedió esta gloria. Todo lo que es verdaderamente grande, todo lo que lleva en sí la señal divina está destinado á sufrir la prueba del combate y el odio del mundo. Apenas Santo Tomás había descendido al sepulcro, cuando la envidia intentó empañar con su há-

lito ponzoñoso el brillo de su nombre y de su doctrina. La Europa presenció entonces un espectáculo sublime: vióse á un anciano de cabeza encanecida llamar á las puertas de la universidad de París, la primera entonces del mundo, convocar á sus profesores y estudiantes y desafiar á los detractores de Tomás; cuya causa se ofrecía á sostener. ¿Sabeis el nombre de aquel anciano venerable, en cuya presencia enmudecieron los detractores de Tomás? Era Alberto Magno, que, á la edad de ochenta años, había salido de la antigua ciudad de Agripina, para defender el nombre y la doctrina de su antiguo discípulo.

Nada os he dicho del concierto de alabanzas que han prodigado al doctor de Aquino los grandes hombres contemporáneos suyos y los grandes hombres venidos después, y los doctores, y los Concilios, y los Papas, y la Iglesia universal. No es fácil reducir á estrechos límites la inmensidad del Océano. Tampoco me ha sido posible, desde el punto de vista en que me he colocado, descender á la narración de su santidad y sus virtudes. ¿Quereis saber algo de esa santidad y esas virtudes? La religión tiene una palabra misteriosa que las resume todas: es la palabra del amor de Dios, porque el amor de Dios es el principio, el medio y el fin de la santidad cristiana. Pues bien, escuchad: ese hombre, de cuyos labios estuviera

pendiente toda la tierra, ese hombre que, para usar el lenguaje de la Escritura, habia disputado de todo, *desde el cedro que se levanta en el Líbano hasta el hisopo que nace en la pared*; ese hombre, que habia recorrido todas las esferas de la verdad, desde el murmullo que produce en el átomo hasta la armonía que produce en los labios de Dios, un dia se sentó solitario á los piés de un Crucifijo, y de su corazon, abrasado por la llama del amor divino, salieron los acentos más puros, más santos y más sublimes para cantar las glorias del sacramento del amor. ¿Quién no ha sentido su alma dulcemente conmovida al escuchar ese *Lauda Sion* admirable y los graves acentos de esos himnos con que el corazon amante de Tomás saludó entonces al Dios escondido en el grande Sacramento? Al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida y sus tendencias impetuosas hácia la patria celestial, se recuerda involuntariamente a los cautivos de Israel cuando, sentados á la sombra de los sauces de los rios de Babilonia, tristes, recordaban las glorias de Sion y entonaban llorosos las canciones de la patria. Busquemos tambien nosotros ese amor santo de Dios; no olvidemos nunca que esa caridad inefable, que *no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios*, pesa más en el peso del San-

tuario que toda la ciencia del siglo. Solo con ella y por ella podemos llegar á la imitacion perfecta del doctor de Aquino: solo con ella y por ella podemos llegar á la patria de los Santos »

Así termina su discurso el ilustre orador y filósofo dominico, y así terminaremos nosotros nuestro estudio, buscando en el amor de Dios la fuente de toda vida, y sin duda la verdadera causa de la profundidad, elevacion y grandeza del P. Ceferino origen de sus virtudes y su ciencia; que si dejamos las primeras correr tranquilas bajo el impenetrable velo de la humildad y la modestia, proclamamos altamente la última, para bien de la religion, de la filosofia y de la patria, en cuyos gloriosos anales inscribirá su nombre al lado de Suarez, Soto y Melchor Cano el filósofo español tomista Fr. Ceferino Gonzalez.

*Alejandro Pidal y Mon.*

---

## SECCION DE NOTICIAS.

---

Consignamos con grande satisfaccion que el aniversario del segundo centenario de la revelacion hecha á la V. Margarita de Alcoque, sobre la devocion al Sagrado Corazon de Jesús, se ha celebrado ayer con grande pompa en la Santa Iglesia Catedral y en todas las parroquias y conventos de religiosas de esta capital. Un repique general de campanas anun-

ció á los fieles desde la víspera la solemnidad que, con extraordinaria concurrencia, tuvo lugar en nuestros templos, donde se celebraron por mañana y tarde, con exposicion del Santísimo Sacramento, unos piadosos ejercicios para dar gracias al Todopoderoso no solo por la revelacion de tan piadosa y simpática devocion sino tambien por cumplirse en este dia el trigésimo aniversario de la exaltacion al solio pontificio de N. S. P. Pio IX. El pueblo de Córdoba ha dado en el dia de ayer una nueva prueba de su catolicismo, por lo que lo felicitamos y nos felicitamos á la vez.

\*  
\* \*

Con objeto de que nuestros lectores tengan en un solo número la biografía del eminente filósofo Fr. Ceferino Gonzalez, electo Obispo de esta Diócesis, damos hoy ocho páginas mas de impresion, que serán regalo para nuestros suscritores, pues no pensamos interrumpir nuestra publicacion ni un solo dia, así como tampoco disminuir las páginas de que consta la Revista. Por el motivo expresado suspendemos en este número la insercion de los sermones, que continuaremos tan luego como nos veamos mas descargados de la abundancia de original que hoy tenemos.

\*  
\* \*

Segun hemos visto en el *Boletín eclesiástico* de la Diócesis, el dia del Sagrado Corazon de Jesús se verificó en la nueva Congregacion de *Reparatrices*, establecida en la calle de San Roque, la solemne ceremonia de tomar el hábito las distinguidas señoritas doña Dolores y D.<sup>a</sup> Rafaela de Porras, que son las piadosas fundadoras. Se lo impuso el Sr. D. Antonio Ortiz Urruela con asistencia del señor Vicario Capitular. Asistieron las demás religiosas de *Maria Reparadora* y un numeroso concurso, que escuchó con atencion y recogimiento la autorizada palabra del señor Oficiante y que llenaba completamente la Iglesia de la Congregacion. Reciban nuestro parabien las jóvenes fundadoras y las demás que han seguido su noble ejemplo, así como cuantas personas han contribuido á una obra llamada á dar copiosos y saludables frutos.

\*  
\* \*

Muchos obispos que no se han sometido en Italia al *Exequatur*, han recibido la orden de abandonar su Palacio episcopal, principalmente monseñor Tesorieri, obispo de Imola, y monseñor de Giacomo, obispo de Marsi, que reside en Pescina, á los que se les han dado seis dias, á partir desde el 24 de Mayo, para evacuar esta propiedad eclesiástica.

\*  
\* \*

Dicen de Berna con fecha 5, que el día anterior la comisión cismática de Ginebra ha roto los sellos de la Iglesia de Nuestra Señora, tomando posesión de ella.

\*  
\* \*

La *Gaceta de Nimes* publica las siguientes líneas que llevarán la aflicción á todas las almas católicas de Francia:

«Recibimos una noticia que afectará profundamente á la opinión católica. La gran fiesta que debía celebrarse el 29 de Junio próximo en París para la bendición de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazón en Montmartre, ha sido decididamente suprimida.»

*El Univers*, al reproducir el párrafo anterior, añade:

«Sabíamos ya esa noticia, pero aguardábamos una comunicación directa para ponerla en conocimiento de nuestros lectores, á quienes afligirá tanto como á nosotros, y que la sabrán demasiado pronto.

¡Desventurada Francia! Cuando aún estaban frescos el lodo de Sedan, y la sangre del París comunista acudió temblorosa á buscar el apoyo de la religión, como pequeñuelo que se refugia en el regazo materno cuando oye estallar la tormenta. En aquellos momentos de terror la Asamblea votó la edificación de un templo al Sagrado Corazón de Montmartre.

Hoy la tormenta se ha alejado; el niño asustadizo ha ido poco á

poco separándose del materno asilo, y porque ya no oye los truenos ni vé los relámpagos, cree que pasaron para siempre.

¡Desventurada Francia! ¿Necesitará todavía otro Sedan y otra *Commune*?»

\*  
\* \*

La prensa católica francesa deplora la pérdida de uno de sus más celosos campeones, el Sr. Augusto-Carlos-Javier de Fontaine, muerto á los 54 años de edad, el 15 del corriente, en Versalles.

Su valor y la firmeza de sus convicciones no se desmintieron nunca en la larga lucha que tuvo que sostener contra el error.

Su muerte ha sido, lo mismo que su vida, la de un ferviente católico. Dios le haya acogido en su seno.

---

Resumen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—*Velada XIX*, por el Excmo. Sr. Obispo de Jaen.—*El desafío, II*, por el Sr. D. A. Soriano y Barragan.—SECCION DE VARIEDADES.—*El filósofo español tomista F. Ceferino Gonzalez*, biografía, por el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.—SECCION DE NOTICIAS.

---

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,

Liceo, 41.